

¿Qué es la Metafísica?

Hugo N. Santander

Durante los últimos años las ciencias exactas han reasumido el discurso metafísico a partir del materialismo positivista. Hace unos días, verbigracia, leía en *The Observer* que un neurólogo había descubierto una mancha oscura sobre la corteza cerebral de sus pacientes irritables. Antes de concluir que esta mancha era una consecuencia de un mal temperamento, como podría serlo un ceño fruncido o un puño contraído, el científico se jactaba de haber comprobado que la ira era un producto cerebral. Verbigracia los astrónomos que cortejan a los gobiernos acaudalados para que éstos les concedan billones de dólares; de ese modo, explican, construirán un escudo antimeteoritos capaz de salvaguardar al planeta de una destrucción inminente. Inferiremos que sus estipendios varían de acuerdo a la importancia que los medios de comunicación prestan a sus comentarios.

El concepto de *falseabilidad*, acuñado por Karl Popper en 1934, respalda a los neopositivistas que desean descifrar el origen de la vida y la existencia en la materia. Sus investigaciones, no obstante, aún no han alcanzado las reflexiones sobre la *Ganzheitmedizin* o medicina orgánica de Paracelso. Al respecto cabe mencionar los esfuerzos de los laboratorios más sofisticados del mundo por crear una célula viviente; sometiendo todas las combinaciones posibles de los elementos de la tabla periódica a altas y bajas temperaturas, los científicos han apenas producido aminoácidos inertes. En un esfuerzo por postponer su victoria, sus prosélitos predicán que dichos aminoácidos produzcan células vivientes en unos cien o doscientos millones de años. Así mismo la teoría de la evolución biológica, postulada por Patrick Matthew en 1831, y reformulada por Wallace y Darwin veintisiete años después, continúa siendo una teoría, un credo sobre el cual la zoología y la sociología evolucionista fundamentan su discurso. A pesar de su alto índice de probabilidad¹, y de su descripción meticulosa de los *mutaciones adaptativas* de los picos de los pájaros de los Galápagos, Darwin fue incapaz de dar razón del origen de *las mutaciones genéricas*. Los evolucionistas atribuyen la perfección y variedad de las especies a la radiación, pero ninguna criatura ha mutado benéficamente, que sepamos, a partir de las hecatombes nucleares de los últimos seis décadas.

La teoría evolutiva, asimilada como criterio de sentido, ha, si acaso, avivado el racismo y la discriminación en Europa. No ignoramos que el fascismo y el nazismo partieron de la creencia de que un grupo humano evolucionaría sobre todos los demás. Las cavilaciones morales del evolucionismo perduran en nuestros días bajo un barniz devoto: «La moralidad es producto de la evolución, no menos que la mano o el ojo. Nuestra moralidad es una adaptación (...) En el pasado la gente que carecía de moralidad era desterrada y en desventaja.»²

Mr. Ruse implica que personajes tan disímiles como Sócrates, Pompeyo, Juana de Arco y Giordano Bruno murieron a causa de su deficiente adaptación

¹ «La notion d'évolution biologique correspond à une hypothèse dotée d'un des plus hauts coefficients de probabilité qui puissent se rencontrer dans le domaine des sciences naturelles». Claude Lévi-Strauss, *Antropologie structurale, II* (Paris: Agora, 1973), p. 386.

² Evito las perifrasis de la prosa original: «Evolutionists argue that the human sense of morality is something which is a product of evolution, no less than the hand or the eye. Our sense of morality is an adaptation... In the past, those people who lacked a sense of morality, simply tended to be ostracised and at a disadvantage». Ruse, Michael, *The Darwinian Paradigm* (London: Routledge, 1993), p. 231.

biológico/moral. En otra página Mr. Ruse concluye que la felicidad de los países del tercer mundo pondría en peligro la evolución biológica de los ciudadanos norteamericanos y europeos: «Estamos más obligados hacia nuestra parentela que hacia los extranjeros (...) los beneficios biológicos son ciertamente más consistentes, o al menos más probables. Un gen reproducido tiene, definitivamente, un valor biológico en oro. A medida que la gente se aleja de nuestro círculo familiar, ese sentido de obligación desaparece.»³

Como todo evolucionista, Mr. Ruse supedita la conciencia humana a la fisionomía del cerebro. A pesar de compartir el credo de Mr. Ruse, el prestigioso arqueólogo Richard Leakey es imparcial a la hora de confesar sus limitaciones: «Aunque varias funciones pueden ser localizadas en el cerebro, una de las características más sobresalientes de este órgano es que ciertas funciones, a menudo las más importantes, rehusan una localización precisa; una de ellas es la conciencia. Nadie ha sido capaz de señalar una porción del cerebro para decir 'Este es, exclusivamente, el asiento de la conciencia'. Incluso la localización de las funciones lingüísticas no pueden ser 100% establecidas. Para dar un ejemplo, un individuo puede perder una sección relativamente considerable de su cerebro, sin que sus funciones congoscitivas sufran daño—incluyendo el lenguaje—.»⁴

Del mismo modo, los bioquímicos contemporáneos confiesan la imposibilidad de una reacción química capaz de descifrar a un ser viviente; la duración de una vida humana no bastaría para escribirla en un libro. La ciencia, desde su auge en las civilizaciones antiguas, se limita a explicar el 'cómo', nunca la causa primera, menos aún el 'porqué'.

El 'cómo' refiere a la razón; el 'porqué' a la sensibilidad, un terreno que la poesía manifiesta y que los científicos esquivan. El hombre no siente en números; aún así, su esencia ha sido reducida por los científicos a las matemáticas, por los matemáticos a la lógica, y por los lógicos a la razón: sus discursos se articulan exclusivamente en el conocimiento humano, no en la humanidad misma. A partir de Nietzsche la antropología filosófica acepta la primacía del arte, a la par que, no sin hipocresía, menoscaban de su función social. La palabra 'sentimentalismo' es continuamente acuñada bajo el yunque de la razón; pero son los sentimientos, precisamente, quienes manifiestan nuestra esencia, y es a partir de ellos que articulamos nuestra voluntad. Un niño retardado no es menos humano que un niño prodigio al momento de abrazar a un adulto, en tanto que este último está más expuesto a deshumanizarse a causa de sus privilegios lógico/racionales. La humanidad refiere continuamente al amor; el odio, la envidia, la venganza y el egoísmo reflejan en sí mismas la deshumanización.

Cuando Descartes escribía que existía en cuanto pensaba —*cogito ergo sum*—, subrayó la certeza de que la conciencia se articula a través de ideas, no en un cuerpo fruto de millones de años de evolución. Las funciones corporales, de hecho, son

³ «One would expect to find stronger kinds of obligation between relatives than between non-relatives... because the biological benefits are surely stronger, or at least more certain. A gene reproduced has a definite biological cash value. And as one encounters people further from one's immediate circle one would expect the sense of obligation to fall away». Ibidem, p. 266.

⁴ «Although many functions can be localized in the brain, one of the remarkable features of this organ is that some functions, often important ones, defy precise location. One of these is consciousness. No one has been able to point to a region of the brain and say, This exclusively is the seat of consciousness. Even the location of language facilities cannot be established 100 percent. For example, an individual may lose relatively large sections of his or her brain, with no apparent loss of cognitive functions, including language». Leakey, Richard & Lewin, Roger, *Origens Reconsidered: in search of what makes us human* (London: Little, Brown and Company, 1992). p. 253.

acesorias para el «yo». Sólo vivimos en cuanto pensamos, un razonamiento que el sueño confirma: aunque sabemos que mientras dormimos vivimos, nuestra conciencia salta ininterrumpida de la noche a la mañana. El sueño, en sí mismo una prueba de la primacía de nuestra conciencia, es una vivencia que las noches dejan.

Los seres humanos son *conciencias* que obran sobre la materia; un postulado que los materialistas de nuestra época se empeñan en invertir. Para el materialista la agudeza de la conciencia, la perfección del cuerpo y la armonía del universo son accidentes indeseados, frutos de casualidades concatenadas y sin misterio.

Asociada durante siglos al idealismo platónico, la metafísica se articula en nuestros días, para usar la terminología kantiana, en las ideas *a-priori* de la razón, comunes a todos los hombres.

La religión revelada es una experiencia comunitaria o personal, propia a los creyentes y a las iglesias del mundo; es una experiencia, como William James señala, y como tal no puede debatirse. La metafísica y la religión atañe a los pensadores y creyentes en sentidos opuestos, pero no irreconciliables. En su serie de ensayos sobre hombres representativos, Ralph Waldo Emerson cita el encuentro entre Abul Khain, el místico y Abu Ali Seena, el filósofo, en una aldea árabe. Al despedirse el filósofo concluye:

—Lo que él ve, yo lo sé.

—Lo que el sabe, yo lo veo —replica el místico⁵.

A partir de Juan Luis Vives el pensamiento moderno se articula a través de razonamientos negativos⁶. Ante la imposibilidad de establecer un criterio de verdad, cada pensador progresa sobre las fisuras de sus predecesores. Este vaivén ha desligado al pensamiento de su dimensión ética, validando el fascismo, en el caso del idealismo alemán, y el bombardeo de conglomerados civiles, en el caso del neopositivismo.

—Sólo sé que nada sé —aseguraba Sócrates en un afán por centrar las acciones del hombre no en la erudición, sino en el comportamiento.

El discurso metafísico no es utilitario, sino trascendental. Antes de preguntarse sobre la utilidad o inutilidad de cada hombre, la metafísica cuestiona las razones de su existencia en un mundo destinado a su extinción. Aunque nuestro organismo comparte las mismas funciones de las anémonas, los reptiles y los primates, nuestra voluntad rebasa el ámbito de la supervivencia para responder a su sentido, su origen y su destino.

Al relativizar el bien y el mal los materialistas tornan la justicia irrelevante. Es cierto que es ingenuo establecer un criterio universal de comportamiento, pero también lo es que cada ser humano discierne una acción noble de una pérdida; Sócrates, de nuevo, aseguraba que aunque no podía definir a la divinidad, podía identificar lo que no la divinidad no era. Las elucubraciones de los neopositivistas difícilmente engañan al entendimiento; no es necesario ser oriundo de Barrancabermeja o Jerusalén para comprender que quien envidia, asesina, miente o roba, sufre constantemente. Una conciencia tranquila es un paraíso en comparación. La lengua inglesa usa la expresión '*peace of mind*', literalmente '*paz en la mente*' para expresar un estado de serenidad.

La metafísica cavila sobre la ética al aprehender la divinidad como una manifestación social. A un extremo el fanatismo promulga las recompensas del cielo y los castigos del infierno, reacio a comprender que ese cielo y ese infierno no es impuesto, sino que es escogido, nace y se desarrolla dentro de cada cual. Baste comparar el infierno con las pasiones de un encuentro de boxeo y el paraíso con una vida dedicada al estudio y a las artes; son estilos de vida, y sólo cabe preguntarnos

⁵ Emerson, *Essays and Lectures* (New York: Library of America, 1983), p. 662.

⁶ Ver Noreña, Carlos G., *Juan Luis Vives* (Hague: Martinus Nijhoff, 1970), p. 266.

cuál será el menos dañino para una sociedad. En «*El Malestar en la Cultura*», una de las obras más influyentes de nuestro siglo, Freud asoció el egoísmo a nuestra naturaleza. Su objetividad no le permitió creer, como Platón, Plotino, San Agustín, Rousseau, Tolstói, Bernard Shaw y tantos otros escritores, en la fuerza de la voluntad para apaciguar el impetu de ese egoísmo. Las religiones y las leyes se esfuerzan en solucionar el problema del egoísmo personal, independientemente de su malestar. Freud, inteligente como fue, culminó su obra con pasajes nihilistas, y en «*El Malestar en la Cultura*» postuló que la única felicidad posible era a través de los excesos sexuales y las drogas. De allí concluyó, a partir de su atormentada adicción a la cocaína, que la felicidad, por ende, era insostenible. Sartre desarrolló el mismo pensamiento. La falacia de ambos, por no mencionar a otros filósofos contemporáneos, es refocilarse en la creencia de que todos somos egoístas empedernidos por naturaleza. El egoísta, como Swedenborg señala, es quien se deleita en el daño ajeno, esperando de algún modo beneficiarse; pero es la razón, el descubrimiento de la verdad y su aplicación en el perdón el camino hacia un mundo menos bárbaro. Borges expresó las limitaciones de los escritores contemporáneos en un hermoso pasaje de su biblioteca personal: «Los escritores de nuestro siglo se deleitan en las flaquezas de la condición humana; el único capaz de imaginar *Héroes* fue Bernad Shaw».

La metafísica cavila sobre las responsabilidades de un universo que se construye y se destruye incesantemente. Dicha responsabilidad parte de la materia misma; en tanto el materialismo relega las inquietudes existenciales a hipótesis afines a las de la evolución y el Big-Bang, la metafísica elabora su discurso a partir del conglomerado de las ciencias naturales. Que la materia produzca materia y energía es comprensible para un físico; que la vida genere vida en un ambiente hostil es un proceso sobre el cual el metafísico cavila. Su principal inquietud, de hecho, no es la muerte, sino la existencia en un universo que sucumbe a cada instante. Consideremos al respecto la temperatura adecuada para un ser humano: entre -40C y +60C aproximadamente: cien grados en un universo cuya temperatura máxima aún no ha sido calculada —hipotéticamente es infinita—, y cuya temperatura mínima es definida como 0TEMPERATURA —la de los agujeros negros, aún desconocida—. La tierra, de hecho, vive de un equilibrio tan delicado como el de un feto en el útero de una madre. Júpiter, Saturno, Marte y la Luna son escudos que nos protegen de un bombardeo continuo de cuerpos celestes. No mencionó, desde luego, a los misterios de la fortuna, que administra la muerte, la enfermedad, la riqueza o la miseria a los hombres, sin que éstos puedan controlarla. Napoleón y Felipe II, quienes en su gloria se creyeron invencibles, perdieron sus imperios a causa de tormentas imprevistas.

Quien renuncia a la metafísica anquilosa su intelecto. En «*Los Viajes de Gulliver*», Johnatan Swift se esmeró por denunciar el egoísmo de los reyes, ministros y académicos de su generación; en lugar de vituperios, Swift recibió felicitaciones. Nuestras celebridades políticas e intelectuales han alterado poco esta estulticia. La clonación de una oveja escocesa ha desatado ansiedades rocambolescas en nuestra generación; la más absurda parte de la idea de que un cuerpo clonado compartirá la conciencia de su cuerpo matriz. Científicos o charlatanes embaucan a periodistas y usureros asegurándoles que sus mascotas vivirán por siempre. Los abusos de la ingeniería genética apenas matizan las vejaciones de una humanidad constantemente despreciada.

A diferencia de las ciencias exactas, la metafísica no es una especialización; su discurso se elabora a partir de una percepción universal. Siendo alumno de B. Russell, Wittgenstein le anunció que viajaría a una casa solitaria, en las montañas, a escribir Su «*Tractatus Philosophicus*». Bertrand le dijo que la soledad acabaría con él; Wittgenstein replicó que para eso el contaba con Dios. El círculo neopositivista de Viena veía en el «*Tractatus Philosophicus*» el fin de la metafísica, cuando la intención

de Wittgenstein era, precisamente, demostrar la necesidad de ésta, labor a la que consagraría su segunda inmersión en la filosofía, conduciendo el uso metafísico de las palabras a su uso cotidiano⁷.

La metafísica renace en cada hombre que cavila sobre su existencia. Ciertos escritores célebres como Proust y Arthur Miller adolecen de cierta indiferencia metafísica: para ellos el universo, el cuerpo y la vida simplemente *son*.

⁷ «Wir führen die Wörter von ihrer metaphysischen, wieder auf ihre alltägliche Verwendung zurück». Wittgenstein, Ludwig, *Philosophische Untersuchungen*, 116 (London: Blackwell, 1953), p 48.